

CON TINTA Y PAPEL

Se casaron el primer día de noviembre, cuando la vida todavía era en blanco y negro porque las películas no estaban a color.

Se mudaron a una casita a las afueras de la ciudad, tan alejada del tráfico y la gente que parecía que no existía nadie más que ellos.

Cada tarde, a las cinco, salían y paseaban juntos por el extenso campo que rodeaba su casita, hasta llegar al río. Cuando llegaban, se sentaban y charlaban durante horas y horas. No se daban cuenta de lo tarde que era hasta que se fijaban en que ya era noche cerrada.

Hablaba más ella que él, porque a ella le gustaba más hablar y a él más escuchar. Ella le contaba sus sueños, sus vivencias, sus opiniones, y él cerraba los ojos y disfrutaba del sonido de su voz, de la pasión en su tono, de la paz que le transmitía su presencia.

Pronto llenaron su casa de hijos, y más tarde de nietos, y todos crecieron y se independizaron, pero ellos seguían saliendo a pasear cada tarde, a las cinco, hasta llegar al río, donde seguían pasando horas charlando. Pasaron los años, a él se le tiñó de blanco el pelo y a ella se le arrugó la piel, pero seguían saliendo a pasear juntos cada tarde.

Cuando ella comenzó a toser de un modo preocupante y empezaron a fallarle las fuerzas, paseaban más lento y él la agarraba al andar, para que pudieran dar ese paseo, llegar al río y charlar durante horas.

Pero, el último día de noviembre, sesenta años después de aquella boda en blanco y negro, ella murió. Y con ella quiso morir él, porque no quería vivir con el corazón tan roto.

Y él dejó de sonreír. Dejó de hablar, dejó de dormir, dejó de comer, porque sentía una tristeza tan profunda que no le merecía la pena vivir. Y dejó de pasear cada tarde hasta llegar al río, porque allí había un silencio horrible sin el sonido de la voz de ella.

Un día de verano, revolviendo en un antiguo cajón, él encontró un sobre. “Ábrelo en el río”, ponía con la letra inconfundible de la persona a la que más había querido, y junto a la frase había un corazón, un poco mal hecho, pero que a él le hizo sonreír, por fin.

Así que, por primera vez desde que ella no estaba, a las cinco de la tarde, él salió a dar un paseo hasta llegar al río, donde abrió el sobre. Y de pronto ella cobró vida, volvía a estar a su lado, radiante como era antes de enfermar, sonriente como fue hasta el último día de su vida. Y charlaron durante horas. Hablaba más ella que él, porque a ella le gustaba más hablar y a él más escuchar. Ella de nuevo le contaba sus sueños, sus vivencias, sus opiniones, y él de nuevo podía disfrutar del sonido de su

voz, de la pasión en su tono, de la paz que le transmitía su presencia.

Y desde aquel día, él volvió a pasear cada tarde, a las cinco, hasta llegar al río, donde ella volvía a estar viva y él volvía a ser feliz. Y volvió a hablar, a dormir y a comer.

Volvió a sonreír porque el contenido de aquel sobre le había dado una razón para hacerlo.

El sobre estaba lleno de cartas. Cartas a mano, que ella le había ido escribiendo desde que enfermó, para que pudieran estar juntos aún cuando ella se hubiese ido.

Con tinta y papel, ella había conseguido lo que todo el mundo cree imposible: no morir.